

Santander

Fue de los fundadores.

Eran los hombres de nuestra independencia almas trágicas y corazones bravíos. Nacieron a la lucha con la austeridad primitiva y feroz del medio en que vivían. Sus pasiones eran ásperas y fuertes como los árboles de nuestras montañas, a cuya sombra contemplando el cielo sintieron las nostalgias de la libertad y el anhelo de la lucha.

La palabra vibrante y tempestuosa que despierta y que deslumbra; el verbo indignado, bólido inmenso que cruza rojo el horizonte de los pueblos oprimidos, no había pasado por el cielo de aquellas almas. La noche de la colonia era absoluta. Ni periódicos, ni tribuna, ni libros. ¡Sombra completa! Aquellos pueblos tenían el anhelo de la libertad que no conocían, como siente la castidad el ardiente deseo del placer que ignora. La inmensa multitud vegetaba, no vivía. Era un estancamiento de pantano. Esos pueblos que empiezan hoy a esbozarse apenas de entre la sombra, estaban en pleno limbo. Un pueblo que no lee, es un pueblo que no vive. Aquello era un mundo sin alma. El soplo que alienta y levanta las multitudes no había pasado por allí. No hubo apóstoles de aquella buena nueva. Antonio Na-

riño que osó traducir los Derechos del Hombre en Bogotá, fue a expiar su delito con una cadena al cuello en los arsenales de Cádiz.

Había algunas cimas besadas por la luz, pero eran pocas.

Fue del fondo de esas multitudes ignorantes e ignoradas que brotaron aquellos lidiadores, asombro del valor humano; esos soldados cuasi primitivos, que cuando aprendían a escribir ya habían esculpido su nombre en las páginas de la Historia con la punta de su lanza ensangrentada. El vientre de la patria más fecundo que el de Hecuba, en su generoso alumbramiento, llenó de héroes el continente, héroes cuyo primer vagido dio en tierra con un trono centenario. Pero entre tantos lidiadores había pocos pensadores. Los espíritus cultos eran escasos. Se amaba la libertad con amor impetuoso y salvaje. Se le defendía mejor que se le comprendía. Caían los héroes al pie de la diosa mirándola tristemente, sin cegar con el esplendor de su belleza. Los espíritus cultivados y serenos, los que amaban el ideal y comprendían la república no eran los más. Sacerdotes de una diosa cuyo culto apenas empezaba a propagarse, combatían al lado de los héroes egregios esperando el

día en que ante aquellos ejércitos prosternados pudiesen levantar la idea como la hostia pura de aquel sacrificio inmenso.

Santander fue el más grande de ellos, fue el que amó la libertad con pureza mayor. En esa pléyade brillante de enamorados de la gloria, él fue el aislado supremo, enamorado del ideal. Su amor por la libertad tenía purezas de asceta: la amaba como a diosa para cuidar su templo y adorarla extático. Su amor no tuvo nunca las formas de la ambición. No la salvó para violarla luego, como lo hicieron otros. Su cabeza poderosa no engendró nunca los sueños enfermizos de ambición aleve. No libertó su patria para oprimirla después. Cuando tantas cabezas poderosas vacilaban inclinándose bajo el vendaval de la ambición, la suya se conservaba erguida y fuerte, como la cima del inmenso farallón que avanza sobre el mar. Su alma inmensa no sintió nunca el vértigo.

La fábula no tiene que ver nada con él.

Los mitólogos de la Historia que exagerando la gratitud, han divinizado los hombres de la independencia, no han podido mezclar este nombre a sus narraciones hiperbólicas, sacándolo de su molde puramente humano. No pertenece a la categoría de los semi-dioses, los centauros, los Aquiles, ni ese tropel de dioses griegos, con que los apologistas mezquinos han querido formar un olimpo de los grandes hombres de la epopeya inmortal. No pertenece a la leyenda sino a la Historia. No está destinado a ser pasto de los poetas, sino estudio de los historiadores. Su vida fue una vida, no un milagro. Nada de sobrenatural hubo en ella. Fue

simple y modestamente un grande hombre: el más grande de los hombres de Estado de su tiempo. Ninguna de las consejas necias, que la estulticia ha acumulado después, en torno a la cuna, a la vida y a la tumba de los libertadores, puede acumularse en torno de su nombre.

No fue profetizado ni profeta; nadie anunció su venida; no hubo señales atmosféricas en su nacimiento y en su bautismo; no tuvo alucinaciones a lo Juana de Arco; no dialogó con los astros ni platicó con lo desconocido; ni sintió el espíritu divino; ni retó al destino desde las cumbres inflamadas. No fue visionario ni vidente. No se creyó predestinado ni creyó que había en la arcilla miserable de que estaba compuesto, átomos de un genio ni fragmentos de un dios. Amó la libertad con amor sereno y grave. Su carácter era puro y fuerte como una estalactita.

Bolívar en su lenguaje figurado y pintoresco lo apellidó el hombre de las leyes. La posteridad ha consagrado el veredicto del genio.

Santander a su inmensa gloria de libertador, añade la no menos grande de fundador. Fue el padre de la Patria colombiana: de la Colombia nueva. Fue el fundador del partido liberal: es decir amó la libertad en sus dos grandes manifestaciones: la independencia y la civilización.

Como militar sus campañas fueron ejemplo de perseverancia y de prudencia. En los combates épicos su valor rayó donde el que más alto rayar pudiera; y los héroes de las pampas no pusieron nunca en la pelea su corcel salvaje adelante del corcel de guerra suyo.

En los consejos de gobierno no escuchó Colombia voz más autori-

zada que la suya, ni vio pensamiento más sereno, ni juicio más acertado.

Como Magistrado fue superior a su época y al medio en que vivía.

El fanatismo no le ha perdonado todavía las supremas insurrecciones de su alma poderosa.

La libertad de la conciencia tuvo en él su primer apóstol y el escolasticismo oficial sufrió de su mano el primer golpe.

Los incondicionales de todos los tiempos, le han criticado su actitud severa y digna frente a la dictadura ya intolerable del General Bolívar. El respeto nos sella allí los labios.

El personalismo que hoy enferma a la América viene de muy lejos... Las generosas fuentes de la libertad venían envenenadas desde su origen. Pueblos que abrevaron en fuente envenenada se intoxicaron para siempre.

La Historia dirá que Santander y Páez fueron los caracteres más altivos de los mandatarios de aquel entonces. En el Ecuador mandaba Flores, el mulato pérfido que con una mano acariciaba la cabeza del caudillo americano y con la otra afilaba el puñal mirándole al corazón generoso. Su temperamento de esclavo no le permitía la resisten-

cia. No había nacido sino para ordenanza de Boves y victimario del Mariscal de Ayacucho. Títulos suficientes para ser el fundador del conservatismo ecuatoriano.

El liberalismo santandereano haciendo justicia al Padre de la Patria acaba de erigirle una estatua en San José de Cúcuta.

Bien está allí en la linde de la patria, como pronto a abandonarla también, el fundador de esa patria cuasi desaparecida.

Allí, desde su alto pedestal, parece contemplar con tristeza el pueblo que ayudó a libertar convertido en rebaño. La libertad que él defendió ha desaparecido; la República que fundó ha muerto. Ya no hay libertadores sino opresores. Una turba de enanos funambulescos llenan el inmenso escenario político ocupado ayer por los grandes hombres de la emancipación americana. Y, los ojos sin luz de la estatua melancólica parecen interrogar el horizonte como esperando ver aparecer en él banderas vengadoras, legiones de guerreros, y escuchar acentos bélicos y gritos de victoria... ¡Vana espera! Los lidiadores duermen sobre la cadena, y el viento de la noche solo trae en torno de la estatua, la tranquila respiración de pueblos resignados a la servidumbre ignominiosa...